

Algunos recuerdos de José María Arguedas

Ricardo Tenaud*

Un día, mis amigos César Moro y Emilio Westphalen, en un rasgo de magnanimidad, estimaron que yo, que no era poeta (grave deficiencia), era más o menos *dignus intrare* en un lugar de reunión de artistas y escritores: la peña Pancho Fierro de Alicia Bustamante. Esta era, además, un museo de lo mejor del arte popular del Perú. Una orquesta completa de muñecos de terracota parecían recibir al visitante con una banda de música.

Alicia y su hermana Celia acogieron amigablemente a su servidor, cuyo único mérito no era de artista ni de intelectual, sino de deportista. Era en los años 1937 y 1938, cuando la peña Pancho Fierro, ubicada originalmente en la calle Zárate, se había mudado a la plazuela de Santo Domingo.

Una tarde, al entrar a la Peña, me di con un personaje maravilloso: una expresión franca y abierta, muy amistoso, el pelo corto (como cepillo, dicen los franceses) y el dedo mocho. Era el esposo de Celia. Yo no sabía, entonces, que él escribía. Simpatizamos inmediatamente: José María tenía veintiséis años y yo veintitrés.

* El autor de este artículo es diplomático peruano. Fue amigo de José María Arguedas y de todos aquellos artistas vinculados a la peña Pancho Fierro fundada por Alicia Bustamante: Emilio Adolfo Westphalen, Judith Westphalen, Alicia Bustamante, Alejandra Rescaniere, José Ortiz Reyes, entre otros. Ricardo Tenaud fue, además, amigo de intelectuales y artistas como César Moro y Margot Schmidt van Den Bergue. En abril de 1948, escribiría un artículo titulado "Un experimento con el tiempo", que se publicaría en el mismo número (cuatro) de *Las Moradas* —la famosa revista dirigida por Westphalen— en que colaboran Jorge Eduardo Eielson, César Moro, José María Arguedas y Aurelio Miro Quesada. En 1987, publicó un libro titulado *Cómo no salir del subdesarrollo* (Lima: Ediciones Rikchay). [Nota de Juan Javier Rivera Andía]

Arguedas se interesó por mis éxitos deportivos, me acogía con un estentóreo: “¡E-rre Te-na-ud!”.

José María Arguedas tenía una calidad humana extraordinaria, era un ser luminoso, abierto, cordialísimo: abría grandes ojos maravillados ante cualquier cosa bella o buena, sea una persona, un animal o un acontecimiento. Me acogió con la hermandad y la generosidad que eran típicas de él. Poseía una admirable capacidad de entusiasmo, por ejemplo, con los Danzantes de Tijeras. En una ocasión, vino uno famoso, que dio una muestra de su arte, a pesar de lo exiguo del local de la Peña. No recuerdo si lo acompañaba el músico Moisés Vivanco, gran amigo de José María.

En él no había asomo de pedantería o de soberbia intelectual: era el hombre más sencillo y más llano, como si en vez de gran escritor, hubiera seguido siendo empleado de correos. Sin embargo, le preocupaba el bien hablar. Nos hizo notar que no se pronunciaba “mosca”, que la gente decía “mojca”.

Cuando estaba de buen humor, y en ese tiempo era lo más frecuente, cantaba a voz en cuello: “*Tambobambino majtatas, yawar mayu apamun*”. Tenía un gran sentido de lo cómico y contaba anécdotas con entonación y ademán ilustrativos. Ponía la cara e imitaba el tono de voz del profesor de matemáticas que increpaba al alumno Arguedas: “¡Está usted tapado, mi amigo”. O remedaba a su padrastro cuando reprendía al niño Arguedas, quien por inadvertencia le había rozado la pierna: “¿Qué interés tienes en estar dándome patadas?”

Contaba José María que, en ciertas fiestas andinas, unos personajes con pelucas empolvadas representaban escenas del siglo dieciocho y se despedían en francés, con puro acento quechua: “¡*O revoar!*”. También nos hablaba de una autoridad pueblerina que solía empezar sus discursos diciendo: “Con garán satisfacación”.

La risa de José María, sencilla y sincera como la de un niño, era contagiosa; un día nos hizo reír a todos cuando imitó a un sacerdote que ostentaba una muy respetable panza. Cuando José María expresó el agrado que sentía de encontrarse frente al autor de los artículos que había leído, el cura, las manos sobre la barriga con los dedos entrecruzados, respondió: “Sííí, Sííí, Sííí, Sííí”, meciendo rítmicamente la cabeza, de arriba hacia abajo. La palabra preferida de José María era “frecotonizar”.

Pronto dejé de verlo, primero, porque José María estuvo un año en Sicuani y, en una pequeña aldea española, se dedicó a investigaciones antropológicas. Unos años más tarde —cuando estaba viviendo en la calle Chota Izquierda con su esposa Celia y la hermana de ella, Alicia Bustamante—, José María había perdido su buen humor. A menudo se quejaba del malestar que le causaba “la bola” que le subía y le bajaba por el esternón.

Solamente en dos ocasiones volví a ver a José María, una en París, en 1958, y otra en Nueva York, donde nos obsequió un ejemplar de *Todas las Sangres*, que acababa de salir publicada en la editorial Losada de Buenos Aires. Entonces escribió "Con el antiguo y constante cariño de José María, New York, bella aldea, abril 1965".

Me enteré de la terrible noticia de su fallecimiento, en 1969, por un artículo en primera página del diario *Le Monde*. Lo sentí muchísimo y también lamenté el no haber aprovechado más la presencia de ese ser tan maravilloso, tan querible.

Abril 1996

